¡ABOGADO!

A este profesor de historia es á quien debo mis primeras satisfacciones de vendedor de palabras. Él nos exhortaba á que de cuando en cuando hiciéramos «trabajos escritos» que debían ser resúmenes narrativos de un período histórico, cerrándolos con alguna consideración general. La ambición de caerle en gracia era tan viva en todos, que los «trabajos escritos» llovían todas las semanas á docenas sobre su mesa, y porfiando entre nosotros sobre quién le llevaba más material, había quien le disparaba media resma de papel; él mandaba recoger todo aquel matalotage á un bedel, que salía á veces cargado como un burro.

La atmósfera del tiempo pedía que todo escrito escolar terminase con una sonata patriótica. Yo puse al primero de aquellos trabajos un remate de este género, que fué

acogido con aplauso. Esto bastó para que varios compañeros acudieran á mí á fin de que les pusiera la tirada final de su resumen. Los pedidos excitaron mi amor propio y llegué á ser un fabricante de «finales»; finales rimbombantes de amor patrio, hechos con las manos y con los pies, llenos de huecas frases cosidas á los trabajos, no con hilo blanco, sino con cuerda de esparto, verdaderos petardos de retórica, pillerías literarias de que no hay idea. Con este continuo ejercicio adquirí en este indigno oficio una destreza sorprendente: hubiera podido poner tienda y ganarme el pan. Me ensoberbecí.

Mas es extraño que de un resultado tan lisonjero no naciera en mí absolutamente para nada la esperanza y el propósito de llegar á ser escritor; sino que, por el contrario, surgió la idea de que tenía vocación para la abogacía. En efecto: el estilo de aquella prosa vil era más de improvisador que de literato, pertenecía exclusivamente al género oratorio, y al más bajo. La idea poco á poco echó raíces y vegetó lozana.

Sí, había nacido para tronar en la barra, para crecerme en el foro; no había lugar á dudas; me maravillaba de haber sentido tan

tarde la voz de la naturaleza. Era aquella, por consiguiente, mi novena encarnación: primero bandido, luego soldado, pintor, cura, tenor, matemático, comediante, director de circo ecuestre... ¡abogado! Y abracé la nueva ilusión con el mismo ardor con que había abrazado las otras ocho. Acordándome del gran efecto que me había hecho el discurso del abogado Brofferio en defensa del general Ramorinis, me di á leer *Mis tiempos* (que entonces se publicaban en fascículos), cuyo estilo oratorio me parecía justamente el más adecuado para formar la elocuencia de un aspirante á la toga, y estudié de memoria todos los fragmentos de discursos parlamentarios que el autor refiere en aquella obra, y les iba recitando por el jardín y en el patio con una gran mímica curialesca, fingiendo que eran arengas en defensa de acusados, y viendo, como si realmente los tuviera delante, la prisión, á los jueces, al auditorio, á los guardias civiles, todos embobados con mi palabra.

Frecuenté los Tribunales é hice novillos un día en la escuela para ir á oir al viejo abogado Sineo, que había venido de Turín, y que me avasalló de entusiasmo. Luego comencé á soltar discursos por cuenta propia, en defensa de imaginarios criminales y de Ramorinis ideales. Me acaloré de tal modo, por último, que un día declaré mi propósito á mi padre: había elegido carrera, y ya no necesitaba otra cosa más que su consentimiento. Él se sonrió, y después de quedarse pensándolo un rato, consintió, diciéndome que de todos modos yo estaba destinado á los estudios universitarios, que podía estudiar leyes si tal era mi deseo.

—Está bien—me dijo por último;—serás abogado. Me pareció que en aquel momento me habían hecho doctor en leyes, y que desde el día siguiente iba á comenzar á afluir la clientela. Se lo participé á mis compañeros, como cosa hecha, y comencé, al discutir con ellos, á usar gestos abogadiles, y en casa, en los momentos de ocio, á palpar con amorosa familiaridad los Códigos de mi hermano. ¡Oh! finalmente, había encontrado mi camino. Y entre tanto, para ejercitarme cada vez más en la improvisación, vengan «finales» y más «finales».

LOS PRÓFUGOS POLACOS

Alguna vez «cerraba» mis discursos con una invocación á Europa en pro de Polonia, donde había estallado en Enero, aquella desesperada insurrección, que se prolongó hasta el invierno de 1864, y fué luego sofocada, como las tres precedentes, en un mar de sangre heroica. Excitaba mi elocuencia la vista cotidiana de muchos jóvenes polacos, alumnos de una escuela militar de Varsovia, que, después de la revolución, se habían refugiado en Italia, viniendo á establecerse en nuestra ciudad, para esperar allí ocasión y manera de volver á combatir por su pueblo.

Eran todos de familias señoriles, rubios, hermosos y robustos, de rostro varonil y grave, sobre el cual se leía el pensamiento persistente de la patria lejana y de la muerte próxima; á los pocos meses cayeron, en efecto, la mayor parte bajo el plomo ruso en un combate memorable. El pueblo, para quien cada uno de ellos traía al pensamiento los muchos polacos muertos generosamente por Italia, y que sabía cómo casi todos tenían en su familia ó entre sus amigos una víctima de aquella caza feroz llevada á cabo contra los comprendidos en la nueva quinta, que fué donde estalló la insurrección, les rodeaba de respeto y les colmaba de cortesías. A las cortesías contestaban ellos con viva gratitud, de la cual dieron una prueba gallarda con ocasión de la muerte del alcalde, llevando sobre sus hombros el féretro hasta el camposanto.

De muchos de aquellos jóvenes predestinados á la muerte conservo su imagen todavía en la mente, que siempre se me presenta acompañada del sonido armonioso de su lengua, de la cual recogía con curiosidad alguna palabra al pasar al lado de los grupos que formaban, comentando las noticias periodísticas de la guerra santa que les esperaba. Recuerdo especialmente á uno, que ninguna convecina mía de aquel tiempo puede haber olvidado: la figura más bella y más poética que haya podido soñar una joven enamorada: una cara que parecía arrancada de un cuadro de fray Angé-

lico, coronada por una maravillosa cabellera rubia, y de una expresión triste y dulcísima, jamás iluminada por una sonrisa, á la cual correspondía la gracia del cuerpo; alto y ágil, un poco encorvado, como por efecto de un crecimiento demasiado rápido, porque apenas tenía, según decían, diez y siete años; una perfección de belleza y de elegancia femenina; austero, sin embargo, y que parecía aún más delicado frente á los otros fuertes hijos del Vístula, entre los cuales acababa su desenvolvimiento en tierra extraña.

Le vi una noche en el teatro, en una butaca, solo, atento únicamente á la comedia, de la cual quizá no comprendía ni una palabra; algunas señoras jóvenes que estaban sentadas cerca, hacían lo imposible por atraer su atención, y otras le miraban con los gemelos desde los palcos; él no dió señales de advertirlo, ni durante la representación, ni en los intermedios; se estuvo sentado, con los ojos fijos en los actores ó en el telón, como absorto por un doloroso pensamiento. Algo trágico habría ocurrido sin duda, en su lejana familia. Pensaba quizá en su padre que arrastraba cadenas por los caminos de Siberia, ó en algún hermano, soldado forzoso, que se deshacía de ira entre los barrancos del Cáucaso, ó en su madre enloquecida por el dolor de aquella noche tremenda, en que la soldadesca del gobernador Wielopolski, incitada como manada de bandidos, había arrancado á Polonia la flor de sus hijos. Y quizá viera él en la oscuridad de las selvas, que la guerra ensangrentaba, su hermoso cuerpo juvenil, tendido inmóvil sobre la hierba, lacerado por la metralla del Emperador.

DÍAS DE EMBRIAGUEZ

Pero, finales de peroratas, togas, Polonia, todo se vino á tierra de golpe, y con ellos la Física y la Historia. Fueron días angustiosos y beatíficos, en que el sol resplandecía como si se hubiera acercado á la tierra, y la luna me miraba y me hablaba, y los Alpes estaban tan blancos y la campiña tan verde como no habían estado nunca ni podrán volver á estarlo jamás; días en que las flores de mi jardín, enviándome una oleada de perfumes, me decían:—¡Para ti, buen muchacho!,—y toda música que se oyera en los aires, parecía que tocaba en honor mío para acompañar el canto de triunfo de mi corazón; días en que la gente agolpada en el paseo, que yo iba cortando al deslizarme como un pez en las olas y buscando en derredor con la vista, me parecía una multitud de infelices que no tuviera razón de existir; y todos los cuida-

dos de la vida y las relaciones humanas y las cosas próximas y remotas, me aparecían como á través de los vapores rojos de un incendio que abrasara el universo.

Y existía en la ciudad una calle pobre donde todas las casas me parecían templos y palacios de una arquitectura fantástica, y en aquella calle una casa, que tenía para mí la vida y la expresión de un enorme semblante humano, que me hacía enrojecer y palidecer, mirándome fijamente con el ojo de una ventana encendida; y en aquella casa una escalera, donde el aire se entenebrecía y bailaban las paredes, sintiendo retemblar las piedras bajo mis pies como si ocurriera una sacudida de terremoto.

Y había una imagen que á todas partes me acompañaba, y me parecía al mismo tiempo gentil como una flor é inmensa como un mundo, dulce y terrible á la vez, familiar á los ojos y al pensamiento, y sin embargo, envuelta en su enorme é impenetrable misterio, en el que la fantasía se perdía, como la mirada, en un abismo de tinieblas.

Y en aquellos días despreciaba toda vulgaridad, huía de los juegos infantiles,

buscaba los brazos de mi madre; subía la oración del corazón á los labios, promovida por el sentimiento de que únicamente un Dios infinitamente bueno podía haber hecho el corazón humano capaz de la dulzura infinita que me embriagaba; y mientras adoraba la vida, veía también hermosa la imagen de la muerte, porque me parecía que ni siquiera ésta habría podido apagar la llama omnipotente que ardía dentro de mí, y que la vida futura no pudiese ser otra cosa que la satisfacción absoluta y el triunfo inmortal de la pasión que me levantaba del suelo...

Y esto basta: porque entre otras muchas cosas, no he comprendido nunca cómo un hombre puede contar al público su primer amor!

UN GRAN DOLOR

Me despertó de aquel sueño un golpe fulminante.

Una noche, mi padre, apenas se sentó á la mesa con nosotros, se dejó caer de la mano el tenedor; dos veces se esforzó por cogerle sin lograrlo.—No me siento bien—dijo,—y levantándose con trabajo, se sentó en el sofá, permaneciendo inmóvil un rato con los ojos fijos y sin hablar. Luego quiso ir á la cama y fué con gran dificultad, arrastrándose, sostenido por mi madre y por uno de mis hermanos. Se mandó llamar al médico, que acudió en seguida.

Desde el cuarto inmediato oí la terrible sentencia.

Estaba perdido.

Un golpe de apoplejía le había cogido toda la parte derecha del cuerpo y le había atacado el cerebro.

Así, de golpe, se apagaba, como quien